

Antonio Muñoz Molina

El Robinson urbano



El Robinson urbano, publicado originariamente en Granada en una edición de escasa difusión en 1984, y reeditado luego en breve tiraje en Pamplona en 1988, es el primer libro de Antonio Muñoz Molina, que muestra ya en plena sazón los rasgos característicos de su estilo y su visión del mundo.

Se trata de una selección de las crónicas literarias que publicó en el desaparecido *Diario de Granada*. En 1993 Seix Barral la recuperó ya que, como dice el mismo autor: «La mejor literatura de la modernidad la han escrito los grandes robinsones urbanos».

PRÓLOGO

Respecto a los restantes libros de Antonio Muñoz Molina, lo que más singulariza a El Robinson urbano es quizá el modo explícito en que las referencias literarias no solo constituyen el tejido interior de la estructura del texto, sino que, manifiestamente, aparecen en él en primer término: citas de Pedro Soto de Rojas, Luis de Góngora, Federico García Lorca, Garcilaso de la Vega, Carlos Barral, San Juan de la Cruz (siempre autores en español, pero de cualquier época) se incorporan, sin diferenciación tipográfica alguna, a la escritura de Antonio Muñoz Molina, que presupone así, acaso no sin fundamento, la complicidad de sus lectores, y con ello determina de antemano la naturaleza del público al que se dirige. En un terreno análogo se sitúan sus procedimientos estilísticos: en primer lugar, y de modo muy visible, la predilección por el adjetivo inesperado – que lo hermana con Borges– y, lo que es más, por la asociación de dos adjetivos o sustantivos inesperados de por sí e inesperados en su asociación: «música liviana y cruel», «un fondo extraño de violines árabes», «una mujer desdibujada por el paso de los años y la ruina», «en un presente bárbaro y perpetuo» (en este último caso, además, con intertextualidad manifiesta: «El presente es perpetuo» son las palabras iniciales del poema «Viento entero» de Octavio Paz). Llegaremos así fácilmente a la sinestesia («fragancia de umbría»), al verso («los bares tristes del atardecer») y finalmente a la greguería («hay bares tan tristes que solo los visitan los difuntos», «Sé de una hora de la noche en

que todos los taxis llevan un cadáver silencioso en el asiento trasero», «Me han dicho que en la noche de todas las ciudades hay un taxi que conduce a los descampados de la muerte a los viajeros que a él suben»). Los nombres de personas o lugares –frecuentemente extranjeros– subrayan aún más el carácter literario de la experiencia: la Alejandría de Durrell, Cavafis y Forster es quizá la ciudad emblemática del libro. Y, sin embargo, El Robinson urbano está lejos de ser un mero ejercicio literario: trata, por el contrario, de Granada, la ciudad en la que Muñoz Molina ha pasado hasta hoy más años de su vida y la ciudad en la que desde luego se formó como escritor. Es, de suyo, una ciudad literaria, y en tal sentido la alusión a Alejandría era inexcusable, en la medida en que se trata de ciudades gemelas en cuanto objetos culturales, fijadas en un tiempo de ayer que genera su propia tradición literaria e iconográfica, su propio mito, y hasta su propio kitsch. Quien escribe sobre ellas debe estar dispuesto a escribir sobre un mito literario y la suya será, ineludiblemente, si no escritura de mitómano o mitólogo, sí desde luego escritura de mitógrafo.

Unas condiciones expresivas del todo inhabituales, una rotunda capacidad de invención y una enérgica voluntad de estilo caracterizaban al escritor desde esta su primera salida. Pero aún más interesante que verle medirse con uno de los mitos mayores que la tradición literaria de las ciudades depara en Europa, afrontándolo desde la experiencia de su cotidianidad, es quizá, en mi sentir, el hecho de que así podemos percibir la génesis de la novela más celebrada de su primera etapa: El invierno en Lisboa. En efecto, este transeúnte urbano que se ve en el caso de escribir sobre Granada algo parecido a lo que sobre su ciudad escribió Baudelaire en el Spleen de París, es además, y quizá ante todo, un escritor que desea crear un universo propio al modo rubeniano, esto es, «muy antiguo y muy moderno: audaz, cosmopolita». Es imposible que no me

reconozca en este propósito: ha sido el de toda mi escritura. Mas ello no tiene ahora por qué interesar mayormente al lector; sí, en cambio, reclamará pertinentemente la atención de este la circunstancia de que la Granada de dibujo de Gustavo Doré o de daguerrotipo antiguo o de abanico de Fortuny cede el puesto a una Granada urbana que puede ser todas las ciudades y ninguna, y en este sentido resulta análoga al Madrid de Ramón Gómez de la Serna e incluso a la metrópoli que avistó Lorca en Poeta en Nueva York. Por ahí este diario de anotaciones granadinas descubre su verdadera y más profunda naturaleza: no es solo la vela de armas de uno de nuestros principales estilistas, sino el asedio y finalmente la toma de una ciudad para el catálogo de las ciudades imaginarias y realísimas que con palabras funda la literatura. En *El invierno en Lisboa* irreal es San Sebastián y es irreal Lisboa, las ciudades del jazz, en el país de Billy Swann y Floro Bloom (esto es: también en el país –y el París– de Proust, y en el Dublín de Joyce), pero estas ciudades irreales son, en el fondo, avatares, en el propio sentido hindú, de una ciudad real enteramente: la Granada de El Robinson urbano, que se nos muestra así como el taller en que se fragua el Clavileño que permitirá a Antonio Muñoz Molina viajar a la nueva cueva de Montesinos de *El invierno en Lisboa*. Esta percepción inicial aquí conquistada no se extingue desde luego en sí misma: ya que no en los escenarios de *Mágina*, que tiene su propia dinámica, dejará, en lo profundo, huella incluso en el Madrid de *Beltenebros* y de los Misterios epónimos, y en cierto modo hasta en las visiones de la vida ciudadana en *Norteamérica* de El jinete polaco. Mas no por ello deja de ser El Robinson urbano no solo una muestra admirable de madurez inicial de un escritor, sino, con tanto derecho como Granada la bella de Ángel Ganivet, un libro esencial sobre una ciudad imprescindible en el legado cultural hispánico. Es algo más aún: una tarjeta de presentación que, como la carta robada del cuento de Poe, no fue advertida por todos

al primer vistazo precisamente porque era mucho más valiosa de lo que resultaba entonces concebible imaginar.

PERE GIMFERRER
Barcelona, mayo de 1993

«Un galope urbano y lento
del unicornio ambiguo».

RAFAEL JUÁREZ ORTIZ

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Los artículos agrupados en este libro se publicaron, con una sola excepción, en Diario de Granada, entre mayo de 1982 y junio de 1983. La excepción es «Todos los fuegos, el fuego», que apareció en la desaparecida revista Olvidos de Granada. Lo incluyo aquí, sin embargo, porque participa de la misma naturaleza narrativa que los otros y alude a una irrupción del fuego en la ciudad que tuvo entonces, para Robinson y sus amigos –tanto los irreales como los reales– una cierta calidad de signo.

El lector que siguiera las apariciones semanales de Robinson advertirá, tal vez, que me he permitido correcciones menores y alteraciones del orden cronológico, e incluso que he suprimido casi la cuarta parte de los artículos originalmente publicados: la escritura, en los periódicos, se instituye en el presente, y sus normas no son del todo las mismas cuando se vierte a un libro que no quiere ser, como tantos al uso, una suma de artículos sin otro lazo común que el cosido de las páginas.

Desde su primera salida pública, El Robinson urbano tuvo una muy precisa intención de unidad: vuelve ahora en un libro para que el lector, si así le place, lo acompañe en cada uno de los pasos de aquella aventura, cuyos episodios finales nunca hubiera podido yo adivinar cuando empecé a escribirla.

A. M. M.

ESCUELA DE ROBINSONES

La mejor literatura de la modernidad la han escrito grandes robinsones urbanos. Para escribir sus *Confesiones*, De Quincey tuvo primero que morirse de hambre y desolación en las aceras de Oxford Street, madrastra del corazón de piedra. En una América que ya prefiguraba la locura de *Metrópolis*, Edgar Allan Poe vio en medio de las calles a su criatura más temible: el hombre de la multitud. En París, hacia la mitad del siglo pasado, Baudelaire reunió las voces de Allan Poe y De Quincey y supo reconocer la tiranía del rostro humano infatigablemente repetido en las multitudes y en los espejos de las calles, pero también descubrió el territorio de un vasto paraíso artificial: el placer, absolutamente inédito hasta entonces, de recorrer la ciudad sin ir a parte alguna y sin tener otra compañía que la propia voz en la conciencia. Literatura moderna, asido del instante, cuyo espacio natural eran las páginas apresuradas de los periódicos. Así, día tras día, se escribió el *Spleen de París*.

Pero tuvo que venir Joyce, cuyo centenario viviente celebramos, para dar forma definitiva al laberinto y al perfil del Robinson urbano. Ulises, primer náufrago y peregrino del que tenemos memoria, no busca ya su Itaca imposible en las islas del Mediterráneo –despojadas de todo misterio o aventura por los cruceros turísticos– sino en las calles tristes de Dublín. Ulises se hurga la nariz mientras mira los escaparates de las tiendas. Ulises apenas hace nada: solo

mira, camina, murmura, pura mirada sin voluntad ni propósito.

Los robinsones urbanos –De Quincey, Baudelaire, esos locos que andan por Granada ensimismados en su peregrinación– están mal vistos por la autoridad y por ciertos estetas de torre y azotea. El gran Juan Ramón Jiménez, cuenta Alberti, desdeñaba el mundo desde la doble altura de su azotea y de la Obra. Virginia Woolf, que no tuvo azotea por culpa de las inclemencias londinenses, rechazó desde su cálido saloncito de Bloomsbury esa larga noticia de un naufragio callejero que es el *Ulises* de Joyce.

Dicen que si uno pasea tranquilamente y sin objeto por las calles de algunas ciudades americanas se vuelve sospechoso para la policía: nadie más sospechoso que un hombre que no va a ninguna parte. Tristemente, la noche se cierra en amenazas y sirenas para los robinsones urbanos. Nos dan a cambio, como reservas de sioux vencidos, lugares nocturnos donde aún podemos gozar los módicos paraísos del alcohol.

Nos queda el día, por fortuna. Ulises, Robinson, el hombre de la multitud, el haragán, el loco, el músico ambulante, el niño que toca la trompeta y la cabra sabia que al son del tambor se sube a la escalera: para ellos, para nosotros, Granada es una gran Alejandría que a todos nos acoge en la bahía de sus plazas, en el tumulto abierto de esas calles que tienen todavía, que nunca llegaron a perder, su condición de zocos musulmanes. En Bibarrambla, al sol del mediodía, conviven sin apuro el ciego que grita los iguales, el cómico de la legua pintado de payaso y el hirsuto mormón a quien nadie quiere comprar su vida eterna de Biblia y hamburguesas.

Robinson es, ante todo, un mirón desinteresado y solitario. Tras demorarse al sol de Bibarrambla, enfila el Zacatín, incitado tal vez por los andares de una joven cuya sola presencia invita a seguirla. Su pupila enamorada goza por igual contemplando las caras de la gente, los corrillos de

músicos mendigos, las vitrinas que le ofrecen libros, camisas, zapatos, Sagrados Corazones, relojes o sombreros que parecen sombreros de difuntos. Robinson espía: mil ojos abiertos quisiera tener para percibir de un solo golpe todas las cosas que la ciudad le ofrece. Reconoce caras que ha visto en el autobús, les asigna una historia, espía sin pudor conversaciones ajenas.

Mira los quioscos. Desea por un instante a una mujer que no verá nunca más. Le quema el rostro de un mendigo que oculta su vergüenza tras la solapa levantada de una chaqueta sucia. Contempla con agrado las maniqués de cabeza blanca y calva de una gran tienda de modas. De Lawrence Durrell aprendió que una ciudad se vuelve un mundo cuando amamos a uno de sus habitantes.

En materia urbana, el buen Robinson tiene gustos omnívoros, y no desdeña, para escándalo de puritanos, los carteles de colores pegados por las calles ni las vallas publicitarias donde Rita Hayworth se quita gloriosamente el guante contra un fondo de rascacielos iluminados en la noche o Clark Gable sonríe ante un barco de rueda que navega despacio por el Mississippi. En las noches de lluvia lo excitan los reflejos rojos y amarillos de los semáforos en el asfalto húmedo.

El aire de la ciudad hace hombres libres, decía un refrán medieval. En cualquier caso, es ese aire el único que respira con placer el Robinson urbano. Tras las huellas de otros viajeros más audaces, estas crónicas que hoy inicio – también el naufrago de Daniel Defoe entretuvo su soledad con la escritura– quieren ser testimonio de una ciudad tan innumerable como la Alejandría de Cavafis y Durrell y tan cerrada como el lluvioso Dublín del señor Leopold Bloom. Paraíso cerrado, dijo el más riguroso naufrago granadino, pero también jardín abierto para quien sabe mirarla.

VINDICACIÓN DE LA RODILLA FEMENINA

Igual que algunas veces el naufragio de un buque devuelve a la playa más cercana no solo una marea de petróleo y gaviotas envenenadas, sino también el cofre de un tesoro, así la moda tan del día que exige la vuelta a los sesenta e impone la nostalgia de lo que nunca existió como primer indicio de la modernidad nos ha traído, entre tanto despojo inútil, el regreso a nuestras calles de la añorada rodilla femenina. Como las libertades españolas, las piernas de la mujer han fulgurado libremente en este siglo durante brevísimos reinados que han hecho más duradero su recuerdo. Pienso en aquellas *flappers* de pelo corto e intrépidas rodillas que hacia 1920 enamoraban a Scott Fitzgerald, cronista de la *Edad del jazz* y viajero voluble en una Europa donde el surrealismo y el cine tomaban el relevo en la sublevación de las vanguardias. La historia se repite, sostienen quienes se empeñan en obligarla a repetir sus más lúgubres errores: en la mitad de los sesenta, y casi al mismo tiempo que los Beatles inventaban el submarino amarillo, Mary Quant volvía a descubrir la minifalda y una nueva sublevación propagaba sus fuegos de artificio por las costumbres y las artes, amenazando incluso –pero en seguida llegaban los bomberos– a los que Bob Dylan, que entonces era un rojo, llamó señores de la guerra. Aquí vivíamos aún en la inopia del primer siglo triunfal, pero afuera, en el mundo, la gente se daba al ácido, hacía una

música lúcida y violenta, pintaba en las paredes versos de Arthur Rimbaud y al arrancar los adoquines de París para defenderse a pedradas de la policía hallaba en el subsuelo la arena de playas imposibles.

Pero en esta su tercera salida, la falda corta no viene vinculada al espejismo de ninguna revolución. Más que un signo de los tiempos, parece un lujo aislado, una extravagancia de muy dudoso porvenir en una década nacida bajo el signo de la desdicha y la sumisión. Modestamente, solo cabe pedirle un poco de alivio para tanto desconuelo, que no está en el mundo para volar al Katmandú con un ácido, y los escasos submarinos amarillos que aún quedan guardan un misil nuclear en las entrañas.

Si el erotismo de alcoba o gabinete con espejos se consagra con manifiesta preferencia a los territorios finales y secretos del cuerpo deseado, la imaginería visual del fauno callejero alcanza su mejor estímulo en ese espacio de la figura femenina que transcurre desde el tobillo al inicio de los muslos. Ignora la demorada contemplación, el cuerpo quieto y ofrecido. La espina del deseo surge de improviso y en seguida se escapa como un súbito prodigio. La mirada persigue una belleza a un tiempo accesible y prohibida, urgente, nunca inmóvil, que aparece al paso de un autobús o al otro lado de una esquina, que se apresura y huye y es aún más deseable en los breves instantes en que se olvida de sí misma, supremo gozo para quien sabe percibirlos.

La rodilla, delicia siempre apetecida pero tantas veces olvidada en favor de frutos más evidentes, aparece así, por sorpresa, en medio de una calle o a una hora que solo prometía rutina, como el más claro objeto del deseo. *De cuánta gloria es cifra un cuerpo hermoso*, piensa, recuerda Robinson, contemplando en mitad de Plaza Nueva a una muchacha que ha tenido la virtud de aparecer, para deleite suyo, en dos tiempos simultáneos y a la vez distintos. Pues la ha visto en ese lugar preciso, en ese instante terso,

pero también en la memoria donde guarda las imágenes de las mujeres aquellas, de piernas altas y rodillas admirables, que lo soliviantaban en su propia adolescencia, cuando aún no había sabido pronunciar el nombre exacto del deseo, cuando el deseo era una sensación nueva y terrible que no tenía ni nombre.

La falda corta exige el aire público y la calle, exalta el cuerpo, no lo que lo encubre. Las primeras muchachas que se han lanzado a la ciudad con ella tienen el aire estimulante de estar ejerciendo un acto de su libre voluntad, un arrebató que nada tiene que ver con esas modas cuyo asombro se quema, mariposa barroca, en la propia luz de su rutina. La falda, vuelta emblema o breve bandera de alegría, las convierte en apresuradas heroínas de una causa cuya única norma fuera la belleza.

El erotismo urbano, que es visual y del todo desinteresado, desdeña por igual la petulancia del piropo y el asedio turbio del mirón. Más que en la conquista, que no suele tentarlo, Robinson se complace en diseñar para sí mismo imaginarias aventuras. Sabe que un vínculo secreto une la trama de la ciudad con las mujeres de sus calles. El amor dilata los sentidos: para un enamorado que busca a una mujer la ciudad se multiplica en esquinas sin ella y callejones hostiles. Robinson, único Adán de su dominio, prefiere no elegir. La ciudad lo envuelve en un amor plural, una pasión de espejos y poligamias visuales que en este mayo florecido se prolongan en umbrías sonoras y perfumes de naranjos y acacias. Cada acera se convierte inesperadamente para él en una playa de los feacios cuando se detiene y mira a una muchacha de piernas altas y desnudas, Nausicaa que ofrece y niega su adolescencia inalcanzable.

UN BUSTO EN EL SALÓN

Algunos siglos antes de que naciera el alcalde Pérez Serrabona, Gracián notó que el verde era un color mal visto por la autoridad. Por la reciente historia granadina cabe suponer que se refería al verde de los árboles. Hay modas que duran siglos, y en Granada, la preponderancia de los grises fue tan duradera que algunos pesimistas la suponían eterna. Y no abarcaba tan solo la lúgubre indumentaria de las fuerzas del orden: en la ciudad, las manchas de verdor, establecidas a duras penas contra un clima ingrato, fueron desplazadas por potentes mareas de cemento y aire sucio de gasolina. Uno de los más vistosos ejemplos lo tenemos en el Camino de Ronda, que proyectado como carretera de circunvalación cercada de árboles –pero eso fue en tiempos de la República– tiene hoy el honor de ser una de las calles más espantosas de este mundo.

Aún hay quien se acuerda de cuando Calvo Sotelo era un bulevar donde, a la sombra inmersa de los árboles, uno podía sentarse a tomar una horchata en las tardes más irrespirables del verano. Incluso algunos nostálgicos cuentan a sus hijos cómo era el Carmen de los Mártires antes de que, lo arrasaran para construir en él no sé qué hotel de cinco estrellas del que nunca más se supo.

Pero la moda de lo gris no conoció el desánimo en los últimos años de lo que los tímidos llaman el *Ancien Régime*. Tuvo, al contrario, una culminación magnífica. Hablo del Paseo del Salón. Un buen día vimos, asombrados, que devastaban sus jardines y empezaban pavimentando de